

## Capítulo X.

Donde se vé que Alvarado conocia que en el mundo no nos debemos fiar de las apariencias.

En tanto que Alvarado regresaba á dar cuenta al ilustre caudillo del resultado de su expedicion, se sublevaron los vecinos del pueblo y se internaron en Huaxacac.

Cortés envió á Diego de Ocampo, alcalde mayor, para que instruyera la sumaria de aquel atentado.

Terminadas las actuaciones, fné condenado á muerte el jefe de la insurreccion.

El ilustre conquistador, sin embargo, obedeciendo á sus sentimientos generosos, conmutó esta pena por la de destierro.

Poco tiempo despues murió el cacique de Tututepec.

Algunos pueblos de la comarca se declararon en abierta rebelion.

Tornó allí de nuevo Alvarado, y despues de una sangrienta refriega, en la que perecieron algunos españoles y bastantes indios aliados, los sometió de nuevo á su obediencia.

Pero á pesar de esto, no volvió á poblarse Segura.

En el momento en que vió Cortés que tenia asegurada la amistad de los habitantes de la costa del Sur, envió cuarenta carpinteros españoles y algunos marineros á Zacatula para que construyesen dos bergantines y dos carabelas.

Dió orden al propio tiempo para que se trasportarse á dicho punto todo el hierro, anclas, las velas, maromas y otras muchas jarcias y demás aparejos marítimos que habia en Veracruz, y los hombres necesarios para las construcciones.

Se proponia con los dos bergantines recorrer la costa, para ver si encontraba un estrecho que creia existia, y con las carabelas descubrir las islas en donde se producian las perlas y las especias.

Tambien deseaba ir á los Marlucos.

Cuando le avisaron que las naves estaban concluidas, comisionó á Cristóbal de Olid para reconocerlas.

Sus buenas condiciones permitian botarlas al agua, y Hernan Cortés confirió tambien el capitan Olid la mision de recorrer en ellas la costa.

Se dirigió, pues, á Zacatula desde Chincieila, llevando á bordo cien españoles, cuarenta de acaballo y algunos mechuacaneses.

Supo en el camino que los pueblos de Colicuan estaban preparados para la guerra, y que eran muy ricos.

Fué allá, y apenas le vieron aproximarse comenzó aquel infernal griterío que precedía á los combates.

Un momento despues empezó la lucha.

La descarga de los arcabuces retumbó en el espacio.

Las flechas de los enemigos cruzaban el aire, y causaban grandes estragos en las huestes españolas.

De cuando en cuando, dominando los alaridos de la multitud se oía la voz enérgica de los jefes indios, exaltando á sus soldados con breves y furimundas arengas.

La carnicería crecía por instantes.

Arroyos de sangre corrian por el campo.

La contienda se sostenía con igual desesperación.

Los de Colicuan acometieron por fin con tal irresistible ímpetu, que obligaron á retroceder á los españoles.

De estos perecieron tres en la refriega y bastantes mechuacaneses.

Cristóbal de Olid, avergonzado por la derrota, pero considerando sus fuerzas insuficientes para dominar á sus enemigos, pidió auxilio á Hernan Cortés.

Este envió á Gonzalo de Sandoval para tomar venganza de las pérdidas que habian ocasionado los enemigos.

Llevaba tambien la mision de castigar á los de Impilcinco, que hacian guerra á sus vecinos, por ser aliados de los españoles.

Sandoval, al frente de veinticinco soldados de á caballo, se tenta peones y unos dos mil indios de guerra y carga, corrió á desempeñar su cometido.

En Impilcinco sostuvo varios combates sin éxito favorable.

El terreno era muy escabroso, y por lo tanto la caballería no podía maniobrar con comodidad.

Despues de haber luchado durante seis ó siete dias, viendo lo inútil de sus esfuerzos, resolvió continuar su marcha.

Fué de allí á Zacatula, examinó los navíos, tomó más españoles, pasó á Colicuan, que distaba unas sesenta leguas, y pacificó al paso algunos lugares.

Los de Colicuan, envalentonados por la victoria que habian conseguido sobre las tropas de Olid, salieron á su encuentro.

Pelearon unos y otros con el mayor denuedo, y por fin quedaron victoriosos los españoles.

Muchos de estos quedaron heridos, pero no hubo ningun muerto.

En cambio de los indios aliados sucumbieron, más de noventa.

Las pérdidas que sufrieron los impilcincos fueron considerables.

El terror que les produjo la derrota fué tal, que sin aguardar á otra se entregaron.

Ofrecieron que Cotinantlec, Cinatlan y otros pue-

blos prestarían también obediencia; y en efecto, así lo verificaron.

Poblaron en Colicuan veinticinco de á caballo y ciento veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra.

Al regresar Sandoval y sus compañeros, trajeron la noticia de que á unos diez soles de aquel territorio existía una isla de amazonas; pero la verdad es que jamás se hallaron semejantes mujeres.

Sin duda este error se debió al nombre de Cinatlan, que en el idioma indio significa tierra ó lugar de mujeres.

---

## Capítulo XI.

---

El dolor de los dolores.

Hernan Cortés, con esa intuición del genio, comprendió que necesitaba consolidar su conquista, y al efecto organizó en nombre del rey un gobierno, se estableció en su palacio y dictó las órdenes convenientes á la consecución de su objeto.

Preocupado por las muchas atenciones que pesaban sobre él, se olvidó de Marina.

Ya hemos tenido ocasión de conocer, en el transcurso de esta historia, que si rendía culto á la belleza, la ambición de gloria le dominaba por completo.

Cuando ménos lo esperaba, recibió un día la visita de la india.

Su amada se presentó en su palacio, y anunció á

los servidores del caudillo que necesitaba verle, y que le traía un magnífico presente.

Hernan Cortés salió á su encuentro.

Las facciones de Marina revelaban los largos padecimientos que había sufrido, y su melacólia expresion contrastaba con la sonrisa que asomaba á sus lábios.

—Gracias á Dios,—dijo á Hernan Cortés,—que logro verte de nuevo. No puedes imaginar la cruel zozobra en que he vivido. Continuamente recibia noticias contradictorias respecto del éxito que obtenian tus armas, y á no ser por tu prohibicion, hubiera corrido á compartir contigo los azares de la guerra.

—Dignos son de tí esos propósitos, y bien sabe Dios que cada dia doy más gracias al cielo por haberte conocido y por haber podido apreciar la belleza de tus generosos sentimientos.

—Y sin embargo, en todo el tiempo que hemos estado separados no has tenido para mí ni un recuerdo; jamás los soldados que han pasado cerca de donde yo me hallaba han manifestado que tuvieras el menor interés por mí.

—¿Eso puedes creer?

—Desgraciadamente es una triste verdad.

—Vamos, prenda querida; yo bien conozco que no he sido contigo todo lo cariñoso que mereces; pero no por eso te he olvidado un instante.

—¡Pluguiera á Dios que me engañases!

—Te juro que hablo con sinceridad.

—Yo sí que me acordaba de tí á todas horas.

«Conservad su preciosa vida,—decia á la Virgen en mis oraciones.—El me ha enseñado á amaros, él ha despertado en mi corazon emociones desconocidas; le amo con delirio y si él sucumbiese, yo le seguiria á la tumba.»

El fervor con que imploraba á la madre Dios me daba fuerzas para sobreponerme al dolor que me causaba nuestra separacion, porque confiaba en que pronto nos reuniriamos. Pero al ver que pasaban dias y dias, y no realizaban mis sueños, decaia de nuevo mi ánimo, y te aseguro, bien mio, que no sé cómo he podido resistir tan dura prueba.

Hernan Cortés se esforzaba en aparecer tierno, cariñoso, amable con Marina; pero la verdad era que deseaba poner término á aquella escena.

La situacion de sus negocios reclamaba toda su actividad, y le pesaba perder un tiempo que consideraba precioso en aquellos momentos.

Como si la india adivinase los pensamientos que ocupaban su mente, pidió á su ingenio el medio de que aquella entrevista tuviese interés para su amante.

—Cortés,—le dijo,—distraida en nuestra conversacion, aun no te he hablado nada respecto del principal asunto que me ha hecho empender el viaje; y digo el principal, por que á no ser indispensable mi venida, no me hubiera atrevido á quebrantar tus órdenes.

—No te comprendo.

—Por una série de sucesos que más tarde sabrás,

he podido reunir un magnífico presente, y venia á pedirte permiso para ponerle en tus manos.

Una mirada de codicia brilló en los ojos del caudillo.

—¿Y en qué consiste ese presente?

—Permíteme al ménos el placer de sorprenderte.

—Como tu quieras; pero yo creia que le traías al venir aquí.

—No me he atrevido, por temor de que me lo robasen en el camino.

—En ese caso, yo mandaré que te acompañen algunos soldados, y á ellos puedes entregárselo.

—De ningun modo; pudiera despertarse su codicia, y por nada del mundo me aventuraría á perderle.

Cortés no notó la vehemencia con que Marina pronunció las últimas palabras.

De lo contrario, hubiera adivinado que el presente de que le hablaba su amada era un recuerdo de su pasado.

Marina continuó:

—Sólo con una condicion te lo entregaré.

—¿Cuál?

—La de que vengas á buscarle tú mismo.

—Considera que pesan sobre mí graves ocupaciones; que de un momento á otro pueden sobrevenir sucesos que reclamen mi asistencia.

—¡Desagradecido! ¡Cuando llego hasta tí arrojando mil peligros para darte una buena noticia, eres tan cruel que ni siquiera me concedes unos cuan-

tos minutos! ¡Bien te decia antes, que ya no era nada para tí!

—Perdóname, Marina.

—No hubiera creido nunca que tu desvío llegase hasta ese extremo.

—Vamos, cálmate, tesoro mio, y te acompañaré donde quieras.

—No vengas conmigo.

—Pero ¿por qué?

—Respeto este capricho; te lo suplico.

—Sea en buen hora.

—A la entrada del pueblo, junto á dos corpulentos cedros, hay una cabaña.

—Recuerdo haberla visto.

—Pues bien; allí estaré yo dentro de algunos minutos. Vé tú por distinto lado, porque por razones que luego te diré no conviene que nos vean juntos.

—Pero ¿qué misterio es ese?

—Creo que nada temerás, si recuerdas los servicios que te he prestado desde que nos conocimos.

Y sin decir más palabras, abandonó la estancia, dejando á Cortés sumido en un mar de dudas.

—Es singular la conducta de Marina,—se dijo Cortés cuando se hubo alejado la india.—¿Será algun lazo que me tienda para vengarse de mi indiferencia? No es creible que abrigue lan mezquinos sentimientos. Pruebas tengo de su amor, y la mujer que ama no comete una villanía. Pero si no es así, ¿cómo se explica esa obstinacion en que vaya yo mismo á recoger el presente?... De cualquier modo, la verdad es

que he dado mi palabra de ir, y no debo faltar á ella.

Y así diciendo, salió de su palacio en direccion al sitio convenido.

Nuestros lectores habrán adivinado que el presente que le iba á ofrecer Marina era el fruto de su amor.

La cariñosa madre habia dejado al niño en poder de personas de toda su confianza, en una casa á la entrada de la poblacion; pero no queria que Cortés supiera cuál era, y por esta razon se anticipó para llevarle á la cabaña en donde era la cita.

Cuando llegó Cortés no pudo ménos de sorprenderse al ver dormida en el regazo de Marina á la infantil criatura.

—Hé aquí el presente que te traia,—dijo, fijando una mirada escrutadora en su amante, para ver el efecto que le producía aquella sorpresa.

Un sentimiento de alegría y dolor se reveló en el semblante del caudillo.

Tal vez el remordimiento atormentaba á su alma; tal vez veía en aquel suceso su nuevo lazo que le unía á Marina, y que podía en el porvenir obligarle á abandonar sus sueños de gloria.

Aparentó, sin embargo, hallarse poseido de la más viva satisfaccion, y como se violentaba para desempeñar su papel, abrevió cuanto pudo aquella escena dolorosa.

Así es, que un momento despues, reiterando mil protestas de cariño á su amada, y diciéndole que sus

deberes le obligaban á retirarse, se alejó, dejando consternada á la jóven india.

—¡Oh, pedazo querido de mis entrañas!—exclamó Marina, contemplando á su hijo, cuando se hubo alejado Cortés.—¿Qué delito he cometido para que vea en tu desnaturalizado padre esa indiferencia que hiela mi sangre? ¡Hijo mio, sin duda has nacido en noche de desgracia, y acudieron genios malignos para mecer tu cuna! ¡Ah! ¡La Providencia me castiga porque he dado oídos á una pasion criminal!

Pero tú, hijo mio, que eres inocente, no puedes sufrir las consecuencias de mi falta. Yo debo velar por tí, y velaré.

Tu padre ama la gloria: no importa; yo eclipsaré esa poderosa rival.

## Capítulo XII.

En el que se vé que el arzobispo de B úrgos trabajaba sin descanso en perjuicio de Cortés.

Trasladémonos á España.

Los enemigos de Cortés trabajaban dia y noche para destruir la aureola de gloria que habia conquistado el ilustre caudillo.

El que más se distinguia por su maligna actividad era el arzobispo de B úrgos, que como siempre, encargaba de la ejecucion de sus proyectos á su sagaz confidente Anton Perez.

—Me ocurre una idea excelente para obligar á Cortés á que regrese á la Península, — dijo Perez al prelado.

—¿Cuál?

—Hacer que su padre le llame. Está agradecido á la generosidad de vuestra eminencia, y con otro do-

nativo y un poco de astucia conseguiremos nuestro objeto.

—Excelente es en verdad esa idea, y vais á poneros en marcha inmediatamente para Medellin.

Así lo hizo, en efecto, y cuando llegó á la ciudad en donde habia nacido el ilustre héroe de nuestra historia, su padre, apenas se enteró de la pretension de Anton Perez, se negó con especiosas evasivas.

El bueno del licenciado regresó contrariado por el mal éxito que habia tenido su viaje.

Pero por el camino fué pensando en otro nuevo plan.

—Si hiciéramos llegar á oídos de Cortés, — se decía, — que sus padres han muerto, se apresuraria á abandonarlo todo para correr á su país natal. Nuestros amigos nos avisarian su llegada, y con la poderosa influencia del arzobispo, mi señor, nos seria facilísimo tramar una intriga que le inutilizase para siempre.

Continuó madurando su plan, y llegó por fin al palacio arzobispal.

Penetró en la habitacion del prelado sin dificultad alguna, y al verle le dijo este:

—Y bien, Anton Perez, ¿traeis buenas noticias?

—No son muy felices.

—Explicate.

—El padre de Cortés es un viejo camastron y con más conchas que un galápago.

—Hábil debe ser cuando así le calificais.

—Permitidme la inmodestia de deciros que el asunto se trataba de potencia á potencia.

—Una pôtencia debe ser, en efecto, por su talento, cuando no habeis logrado hacerle tragar el anzuelo. Pero dadme detalles, porque estoy impaciente por saber las peripecias de esa entrevista.

—Mi señor, el arzobispo de Búrgos,—dije al padre de Cortés,—que no se olvida ni un momento de aquellos á quienes acoge bajo suproteccion, me envia con un encargo muy honroso: con el de entregaros esta bolsa para que atendais con desahogo á vuestras necesidades.

»—Mucho agradezco esas bondades con que me distingue el señor arzobispo, y si algo siento en el mundo es que mis achaques no me permitan ir á manifestarle personalmente mi gratitud por tan repetidas mercedes.

»—Es tanto más generosa la conducta del venerable prelado que me envia,—añadí yo,—cuanto que vuestro hijo, y siento daros esta mala noticia, no ha correspondido dignamente á las esperanzas que hizo abrigar al emprender su viaje. En confianza os diré que en la córte se empieza á murmurar de su conducta, y en el momento de que estos rumores lleguen á oídos del soberano, vá á mandar que regrese vuestro querido hijo para que sea juzgado.

»—Pero ¿qué faltas ha cometido mi hijo?

»—Lo ignoro; ajeno completamente á las intrigas palaciegas, estoy en ese punto tan á oscuras como vos.»

—Con la mayor seguridad pronuncié estas palabras, y sin embargo, creí notar algun recelo en la mirada del anciano.

Como si no me hubiera apercibido de la impresion que mi relato producía, continué:

»—Os he dicho, y repito, que el ilustre prelado que aquí me envia es generoso, y trata de parar el golpe que amenaza á vuestro hijo. Podeis con una palabra destruir los planes de los intrigantes que quieren amenguar su gloria.

»—¿De qué manera?

»—Llamándole vos antes de que decidan al rey á dar ese paso.

»—¿Quereis que os hable con sinceridad?

»—Es mi mayor deseo.

»—Pues bien; no me creo con influencia suficiente respecto á mi hijo para que acceda á esa pretension.

»—¿En qué os fundais?

»—Conozco su ambicion de gloria, y como si no estoy mal informado ha obtenido ya algunos triunfos en su expedicion, no querrá renunciar á ellos tan fácilmente.

»—Ved que tal vez dependa su porvenir de regresar á España, y que para vos será un cargo de conciencia no haber puesto los medios de conseguirlo.

»—No lo dudo; pero os aseguro por segunda vez que mis gestiones serian estériles para disuadirle de su empeño.»



Al despedirme le dije:

»—Me retiro con sentimiento, porque tengo un presentimiento que me mortifica. Me parece que vuestro hijo vá á lamentar muy pronto las consecuencias de las intrigas que se están fraguando contra él.

»—Yo tambien lo creo,—dijo con aparente bondad el anciano;—pero cada uno es hijo de sus obras, y Dios el único juez que en su dia ha de juzgarnos á todos.

Un momento despues me puse en camino para daros cuenta de la mision que he ido á desempeñar.

El arzobispo habia escuchado con la mayor atencion el relato de Anton Perez y habia comprendido que el padre de Cortés era más sagaz de lo que habia imaginado.

Le contrariaba muchísimo que el anciano hubiera podido adivinar que tenia interés en que regresase su hijo, y sentia en extremo haber dado un paso en falso.

—¿Es decir,—exclamó al fin,— que tendremos que renunciar á ese medio?

—¿Al de que venga á España nuestro enemigo?

—A eso me refiero.

—Aún se puede intentar otro ardid.

—¿Cuál?

—Hacer que llegue á noticia de Cortés que sus padres han muerto.

—Se probará esa idea; pero no creo dé resultado: Nuestro enemigo es muy ambicioso, y por nada del mundo abandonará aquellos países.

El arzobispo tenia tambien otro rival, que podia desbaratar sus planes.

Francisco de Montejo habia obtenido, como recordarán nuestros lectores, autorizacion para emprender por su cuenta una expedicion, y era preciso impedir á toda costa que llegase á Méjico.

Incesantemente trabajaba el prelado con este propósito; pero recibió una carta de su amigo Francisco de Garay, que le obligó á dar un nuevo giro á los asuntos.

En ella le decia la preponderancia que iba adquiriendo Cortés, las poderosas alianzas que habia celebrado con algunas tribus, y terminaba diciendo que si no se le relevaba pronto, la gloria y los provechos de la conquista serian sólo para él.

Con estas noticias resolvieron enviar un gobernador á Méjico con órden expresa de que Cortés regresase inmediatamente á España para dar cuenta al monarca de su conducta.

El arzobispo nombró para desempeñar esta importante mision á Cristóbal de Tapia, persona de toda su confianza.

Algunos dias despues se daba á la vela con direccion á las Indias.

Sigámosle en su expedicion.